

Participación, voluntariado y desobediencia

Antonio Madrid

Profesor Departamento de Filosofía
del Derecho en Barcelona

La constitución histórica del voluntariado apunta hacia un modelo de colaboración social que palia defectos del sistema estatal y el sistema económico. La fuerte institucionalización del voluntariado contribuye a este objetivo. Frente a este modelo se defiende un voluntariado que mantenga su capacidad crítica y de confrontación en la construcción de la democracia y la solidaridad social. Un voluntariado que no quede reducido a la sumisión y a la obediencia sino que defienda su independencia.

Palabras clave: Juventud; Voluntariado; Participación; Desobediencia civil; Movimientos sociales.

La palabra "solidaridad" está en boca de todos. La utilizan los políticos, los periodistas, los partidos políticos, los sindicatos, las organizaciones no lucrativas, las organizaciones internacionales, las jerarquías eclesiásticas, el hijo de vecino... Los más jóvenes han crecido en una sociedad que se propone a sí misma la solidaridad como remedio para muchos de los males que padece. A primera vista, los jóvenes forman las generaciones de la solidaridad, las generaciones del voluntariado. Pocos ignoran hoy qué es el voluntariado o qué es una O.N.G. Pero también la población más joven sabe, con mayor o menor precisión, que no es lo mismo un voluntario que un objetor de conciencia, un insumiso o un okupa. El voluntariado, ser voluntario, hacer voluntariado forma parte de nuestra vida social. Tanto si participamos en organizaciones de voluntariado, como si no lo hacemos, el voluntariado se ha convertido en un referente social. Diríamos, con esta misma normalidad con la que vemos las cosas cotidianas, que hacer voluntariado es la expresión de una preocupación por los demás, una preocupación por echar una mano, hacer algo para mejorar el mundo... Con la misma normalidad, podríamos continuar diciendo que hacer voluntariado significa tomar responsabilidad en las

cuestiones públicas, en aquellos asuntos que afectan a la colectividad. Y así podríamos seguir hablando del voluntariado. Sin embargo, en estas páginas no queremos ocuparnos de estas cuestiones, sino reflexionar acerca del voluntariado como modelo cultural que se ofrece hoy a la gente joven. Si queremos ser más precisos, podemos decir que en lo que sigue vamos a reflexionar acerca del voluntariado como instrumento de participación de los jóvenes. Como todo modelo de participación, el voluntariado expresa una propuesta para la integración de los jóvenes en la vida pública. Se trata de una propuesta fuerte que cuenta con amplios apoyos.

Mediante el voluntariado se propone al conjunto de la población un modelo de comportamiento social: prestar de forma gratuita servicios que favorecen la consecución de los intereses sociales. El voluntariado es la expresión de comportamientos gratuitos y solidarios, al menos a primera vista. La propuesta del voluntariado, en la medida en que es apoyada por las instituciones públicas y por las mismas organizaciones sociales, subraya la importancia de los actos desinteresados, entendiéndolo por desinterés la prestación de servicios sin recibir a cambio una contraprestación pecuniaria. Pues bien, los jóvenes ven cómo se les

propone este modelo de comportamiento social. No hay más que ver la televisión, escuchar la radio, ir a la Universidad, leer la prensa, recibir la oferta de programas para jóvenes que se organizan desde las administraciones públicas o acudir a fiestas populares. A su vez, los jóvenes protagonizan en gran medida la extensión social de las actividades de voluntariado.

El voluntariado, como modelo participativo que es, convive con otros modelos como son la militancia en partidos políticos u organizaciones políticas menos formales, o la participación en sindicatos. Para distinguir estos modelos de participación se suele utilizar dos expresiones: participación social y participación política. Si el voluntariado es visto como un caso de participación social, la militancia es considerada como un ejemplo de participación política. Esta separación nos parece débil, entre otras cosas porque responde a una visión incapaz de percibir la configuración política de las sociedades contemporáneas. Las entidades no lucrativas, entre ellas las de voluntariado, han adquirido una dimensión política insoslayable. Son poderes emergentes y agentes que expresan la configuración socio-política de la sociedad actual. Pongamos algunos ejemplos que nos permitan ver la dimensión política alcanzada por las organizaciones voluntarias. Éstas han conseguido una notable capacidad de negociación con los poderes públicos, aparecen como grupos de presión ante las decisiones de los poderes públicos y las decisiones de los poderes económicos, tienen capacidad suficiente para legitimar o deslegitimar las decisiones de la autoridad, expresan y transmiten intereses de colectivos sociales, son buscadas por los partidos políticos como apoyos para sus campañas, generan opinión pública, actúan como freno y/o como instrumentos de aplicación de las políticas públicas, crean consenso social... Estas circunstancias, que pueden ser apreciadas con facilidad, obligan a considerar la dimensión política de la actuación pública de las organizaciones de voluntariado. Y, en consecuencia, la división entre participación social y participación política se vuelve confusa e inexacta.

Estos modelos de participación, y los elementos culturales que les son propios, contrastan con otros comportamientos como son la insumisión y la okupación. Si el voluntariado recibe el beneplácito del conjunto de los poderes públicos, de los poderes económicos, de los medios de comunicación y de una inmensa mayoría social, los comportamientos desobedientes no gozan de tanta suerte. Este contraste (un compañero me ha comentado que los voluntarios parecen buenos chicos y los desobedientes chicos malos) también se halla en los elementos culturales de su actividad pública.

Es evidente que el fenómeno del voluntariado no es comparable en términos cuantitativos con los comportamientos desobedientes. Sin embargo, nos parece que tiene interés analizar en pocas líneas qué modelo de voluntariado se está extendiendo en nuestra sociedad, qué propósitos hay detrás de esta expansión y cuáles son sus déficits desde el punto de vista democrático.

De un tiempo a esta parte, el voluntariado se ha institucionalizado fuertemente. Queremos preguntar, y es una pregunta que me implica personalmente, si el modelo hegemónico de voluntariado se muestra conformista o, si por el contrario, el voluntariado expresa la disconformidad de la población con una serie de circunstancias a las que para entendernos podemos llamar injustas, o profundamente injustas. Habrá que dar una respuesta a esta pregunta y explicarla de la mejor forma posible. Para ayudarnos en esta tarea hemos querido tomar como contrapunto los comportamientos desobedientes expresados en la insumisión al servicio militar y a la prestación social sustitutoria. También hemos querido prestar atención a la okupación. Lo que nos interesa resaltar de este fenómeno no son las notas llamativas que los medios de comunicación puedan presentar ante la opinión pública (la violencia de algunos colectivos okupas ante los desalojos), sino el sentido de la desobediencia en una sociedad como la nuestra y en un mundo como el nuestro. Nada más lejos de nuestra intención que defender la violencia (sea del tipo que sea, sirva a la causa que sirva y venga de quien venga) como instrumento de actuación pública.

Sobre el voluntariado

El mundo que nos ha tocado vivir es sumamente complejo. Cuesta comprenderlo, y mucho más aceptarlo. Y, sin embargo, la sensación de impotencia que tenemos es terrible. A no pocos los tiene paralizados. Nuestra sociedad ha alcanzado un desarrollo tecnológico que tiempo atrás era impensable. El bienestar material de sociedades como la nuestra es único en términos históricos. Pese a ello, las guerras siguen mostrando su irracionalidad y la barbarie humana (1). El odio a los diferentes o a los otros sigue manifestándose y amenaza con crecer (2). Las desigualdades entre las personas que viven en la pobreza y los que viven en la opulencia se han incrementado... Es muy difícil orientarse en una sociedad que te fuerza a vivir en condiciones de esquizofrenia o te lleva a aceptar la mansedumbre de una sociedad consumista. La sociedad actual se representa como una sociedad solidaria. Las escuelas se ocupan de hablar de la solidaridad, de implicar a sus estudiantes en campañas de ayuda al tercer mundo. Las campañas de ayuda humanitaria reciben un importante apoyo por parte de la población española. Las Olimpiadas celebradas en Barcelona durante 1992 contaron con la importante participación de los voluntarios olímpicos. El valor de la solidaridad, por activa y por pasiva, no es algo ajeno a los jóvenes (3). Vemos pues cómo el discurso de la solidaridad ha calado en nuestras sociedades.

Al mismo tiempo, y en difícil combinación con el valor solidaridad, vivimos en un mundo altamente insolidario, contradictorio con los buenos deseos del discurso solidario. Esta contradicción es frecuentemente causa de escándalo y de escepticismo para los más jóvenes y para aquéllos

(1) Mientras escribo estas letras continúa la guerra en Kosovo. Ya van cuarenta días. También se suceden los bombardeos sobre territorio iraquí.

(2) "Dos muertos y 73 heridos en el atentado neonazi contra un bar 'gay' de Londres", *(El País, 1 de mayo de 1999)*.

(3) Según un reciente estudio más del 13% de los estudiantes de la Universidad de Barcelona desarrollan actividades de voluntariado.

que conservan su espíritu en mejor estado. La sociedad trata de representarse como solidaria, pero sin embargo vemos que: la corporativización de las luchas laborales pone de manifiesto una tremenda insolidaridad; el arribismo se propone expresa y tácitamente como modelo a seguir; el afán de lucro y de tenencia material afecta a una mayoría social; el consumismo y el productivismo se han convertido en referentes sociales; el militarismo ha adoptado una apariencia humanitaria, pero las bombas y las balas siguen matando... Y cómo no, los nacionalismos hacen replantear la solidaridad como una cuestión nacional, étnica, lingüística o religiosa. Al mismo tiempo, niegan la dimensión universal de la solidaridad.

Dicho esto veamos qué se propone a los jóvenes mediante el voluntariado. Se les sugiere que dediquen una parte de su tiempo a tareas de interés social sin recibir a cambio una contraprestación económica. No obstante, el resto del tiempo deberán preocuparse por buscar trabajo, estudiar, trabajar, pagar el alquiler si han optado por independizarse y pueden; en definitiva, el resto del tiempo han de preocuparse por progresar socialmente, por ganarse la vida. Hay un refrán que dice: "Lo que se aprende con babas no se olvida con canas". Es cierto, los primeros aprendizajes, los ejemplos que vemos en nuestros mayores, en la gente que nos rodea, son tremendamente importantes. También es fundamental hoy considerar la enorme capacidad de penetración social que tiene la televisión. Si pensamos en el mundo que se les presenta a los jóvenes que hay que decir: por un lado se les pide que sean solidarios, por otra parte que consuman y se adapten a las necesidades de funcionamiento del sistema económico. Incluso, esto ya es el colmo, hay quien nos anima a ser solidarios a través del consumo, o quien propone a los jóvenes ser desobedientes a través del consumo (4) (coches, ropas, bebidas refrescantes...).

(4) Ejemplos de esto lo tenemos en una marca de tabaco (pese a que ¿Las autoridades sanitarias advierten: fumar provoca enfermedades mortales?), en teléfonos móviles? A este paso se nos

Bien mirado, los jóvenes han de ser fuertemente competitivos para poder encontrar empleo en las circunstancias actuales. La precarización del trabajo, los salarios bajos, la dependencia de los padres, las trampas de la adquisición de bienes demasiado caros para el propio nivel económico que conduce a esclavitudes antes que liberaciones, etc., hace que el mundo en el que han de vivir los jóvenes no pueda ser considerado como un mundo solidario, sino como un mundo injusto. En nuestra opinión, y en esto nos expresamos en términos políticos y morales, estamos ante un mundo a transformar, no ante un mundo a aceptar. En este sentido, hay que prestar atención a la inconformidad de los jóvenes y al valor de la desobediencia.

Es en este contexto que se habla del voluntariado como manifestación del valor solidaridad. Pero el voluntariado como figura con entidad propia no ha existido siempre. Antes al contrario, es algo bastante moderno. Las personas que colaboraban de forma gratuita en organizaciones sociales durante los años 70 y primeros 80 no se llamaban a sí mismas "voluntarias"; tampoco había administración alguna que les otorgase este título. En esa época se llamaba "voluntarios" a los mozos que anticipaban el cumplimiento obligatorio del servicio militar.

Los años 90 han visto cómo se popularizaba el voluntariado. Durante estos años el voluntariado ha sido regulado legalmente (5), ha surgido un fuerte apoyo estatal a las entidades sin fines lucrativos en las que se organiza el voluntariado, los medios de comunicación se han hecho eco de esta práctica social y el número de personas y de organizaciones de voluntariado se ha incrementado notablemente. En estos años el voluntariado ha adquirido una identidad propia. Esta autonomización del voluntariado ha supuesto el surgimiento del hacer voluntariado como un rol

social. El voluntariado ofrece un sentido social al tiempo libre de las personas. Pero ¿qué ocurría tiempo atrás con las actividades de colaboración gratuita de las personas? ¿Por qué no adquirieron una identidad propia o tan significativa como la actual? Durante mucho tiempo las actividades de colaboración social han permanecido diluidas en el magma social, preteridas por otros aspectos de la vida de las personas como ha sido principalmente el trabajo asalariado.

Durante mucho tiempo los servicios que se prestaban entre sí las personas, o que unas prestaban a otras, quedaron englobados en el cajón de sastre de los llamados "servicios de amistad, benevolencia y buena vecindad". Lo que hoy se conoce como voluntariado era clasificado por el legislador en una época anterior como servicios benévolos. No se trataba de un capricho, o de una ocurrencia del legislador, o del juez que debía resolver un litigio sobre la cuestión. Esta clasificación respondía principalmente a un sentir social, a una forma de vinculación social en la que la prestación y recepción de favores era común. Incluso, la colectividad aceptaba la existencia de una obligación social de prestar y recibir favores. Hoy nuestro modelo de vida social se ha transformado profundamente. El voluntariado no responde a la existencia de aquellos vínculos sociales que se veían fortalecidos por las obligaciones sociales aceptadas colectivamente. Por el contrario, la figura del voluntariado responde a la formalización de una parte de las actividades de colaboración desarrolladas por los sujetos sociales. En su caso, el voluntariado expresa lo que el sujeto puede experimentar como una obligación moral o una obligación política, pero se trata de una cuestión individual. Pensémoslo un momento. El propio término "voluntario" hace referencia al individuo que haciendo uso de su libertad (autonomía de la voluntad) decide colaborar de forma gratuita en una organización. Destaca en el voluntariado el elemento individual, no el colectivo. Si decimos que las actividades de colaboración forman parte de la vida social como actividades de cuidado, de ayuda, de defensa de intereses e ideales, etc., ¿cómo explicar la

va a proponer que protejamos el medio ambiente comprando coches, o trabajemos por la paz comprando armas. Ver para creer.

(5) La mayoría de Comunidades autónomas tienen regulaciones propias en materia de voluntariado. Recuérdese que la Ley estatal del voluntariado es de 1996.

relevancia pública que ha adquirido hoy el voluntariado? ¿Hay que aceptar sin mayor problema que hacer voluntariado es importante para el conjunto social?

Se ha de hacer notar la novedad que supone el apoyo estatal a la actuación pública y organizada de los individuos. En nuestra historia más reciente sólo han sido apoyadas aquellas actuaciones que no suponían riesgo alguno para el poder establecido. ¿Por qué son perseguidos, cuando no asesinados, los defensores de derechos humanos en países de América del Sur? ¿Por qué son encarceladas y torturadas las personas que defienden los derechos de las minorías étnicas o los derechos de las mujeres? Estas personas también han desarrollado un trabajo voluntario. Pero las consecuencias de esta actividad son la represión y la persecución. Estos son algunos de los instrumentos (no hay que olvidar la propaganda y el adoctrinamiento) que utilizan, hoy y ayer, los detentadores del poder para contrarrestar los contrapoderes que tratan de construir estas personas mediante su actividad social. Los poderes estatales han mostrado históricamente su oposición a aquellas actividades de los ciudadanos que constituían una amenaza para el orden (económico, social, político y cultural) existente. Ejemplos de esto los encontramos en el movimiento obrero, en el movimiento feminista, en el movimiento pacifista, en las luchas por los derechos de las minorías, en los movimientos antisegregacionistas... Estos movimientos sociales han sido posibles gracias a la actividad voluntaria de miles de personas. Esta actividad no era bien vista, ni protegida, ni fomentada por los estados. Eran actividades con un alto grado de disconformidad y expresaban frecuentemente la desobediencia de los súbditos frente a la autoridad.

Algunas razones que explican la configuración actual del voluntariado

Exponemos brevemente tres fenómenos contemporáneos que nos ayudarán a entender

la situación actual del voluntariado y su futuro más próximo. Los tres fenómenos a los que hacemos referencia son: la crisis del estado asistencial, la crisis del empleo y la reconfiguración de la actividad pública de los individuos. El voluntariado está presente en estos tres fenómenos.

La llamada crisis del estado del bienestar ha supuesto la redefinición de la participación del estado en el establecimiento de cuotas de protección social. La necesidad de reducir el gasto público está presente en la activación de modelos alternativos a los sistemas públicos de prestación de servicios. Estos modelos tratan de que la satisfacción de una parte de las necesidades sociales quede en manos del mercado (por ejemplo, entidades privadas que prestan servicios a personas mayores). La satisfacción de otra parte de las necesidades se ha orientado hacia las entidades no lucrativas en las que se organiza el voluntariado. De esta forma, las entidades no lucrativas aparecen como satisfactores de necesidades sociales, coordinando buena parte de su actuación con las políticas sociales de las distintas administraciones. Tenemos, por tanto, un primer elemento que nos permite explicar el apoyo estatal al voluntariado: la necesidad de mantener unas cuotas de asistencia social, y la disponibilidad del voluntariado para adaptarse a esta tarea (6). La presencia estatal en la configuración, fomento y orientación del voluntariado supone un factor añadido como es la tentación de convertir la presencia de los poderes públicos en un instrumento de control social. Podemos expresar esta misma idea de otra forma señalando que la excesiva tutela de determinados poderes públicos sobre la colaboración gratuita de las personas puede esconder y degenerar en una voluntad de control sobre las dinámicas sociales. Esta tutela negativa, y la consecuente subsidiariedad y gregarismo del voluntariado, se manifestaría en

(6) En el estudio citado sobre las actividades de voluntariado desarrolladas por los estudiantes de la Universidad de Barcelona, se indica que 48,7% de los estudiantes que participan como voluntarios lo hacen por la satisfacción de ayudar, y el 25,8% por hacer cosas nuevas y vivir nuevas experiencias.

una pérdida de autonomía ideológica por parte de las entidades de voluntariado, convirtiéndose en correas de transmisión del poder establecido (fuese del signo que fuese).

Por otra parte, se ha de entender que la actuación de las entidades de voluntariado como satisfactoras de necesidades sociales contribuye a la reducción de la conflictividad social. No sólo por el apaciguamiento de las demandas existentes, sino también porque la colaboración voluntaria de los individuos favorece la estabilidad de la autoridad (7).

El segundo elemento que nos permite explicar a grandes rasgos el contexto del voluntariado es la crisis del empleo. No se trata ya de la existencia de tasas elevadas de desempleo, que es algo que los jóvenes sufren (8), sino la previsión de que cada vez nuestros sistemas productivos necesitarán menos mano de obra. Ante esta situación han surgido desde hace tiempo propuestas de reparto del empleo (9). También se ha propuesto la inclusión de las tareas de voluntariado en una reorganización del trabajo a desarrollar por el conjunto social (el trabajo socialmente necesario). El voluntariado toma en estas propuestas un sesgo que no había tenido hasta el momento. Ya no se trata de permitir la espontaneidad social, sino de articularla con las necesidades de los sistemas productivos y del sistema estatal.

Estas propuestas suponen la reconsideración económica de las actividades de colaboración social. Si durante mucho tiempo el llamado trabajo

reproductivo había quedado oscurecido ante la preeminencia del trabajo asalariado, vemos cómo estas propuestas tratan de reintegrar el trabajo de colaboración voluntaria en un conjunto económico en el que el trabajo asalariado sería un elemento más.

El tercer aspecto al que prestamos atención es la reconfiguración de la actividad pública de los individuos. Algunos autores han hablado del retorno de la sociedad civil o del fortalecimiento de la sociedad civil. Esta es una cuestión excesivamente amplia para ser abordada en pocas líneas. Lo cierto es que, como ya hemos señalado al hablar de la dimensión política del voluntariado, las entidades sociales han incrementado notablemente su relevancia pública. Ponemos algunos ejemplos. Hoy no es posible hablar de consumo sin hacer referencia a las organizaciones de consumidores; otro tanto ocurre en sanidad o en educación; lo mismo sucede en cuestiones medio-ambientales, de cooperación al desarrollo o de ayuda humanitaria. Encontramos entidades sociales negociando con los poderes públicos y/o con organizaciones económicas, defendiendo intereses sociales, proponiendo políticas sociales o políticas medioambientales, generando opinión pública... La relevancia adquirida por estas organizaciones responde, junto a otros elementos, a la implicación de los ciudadanos. Mientras que la participación en partidos políticos y en sindicatos se ha visto mermada, se ha incrementado la participación en las entidades de solidaridad. Mientras que las primeras han visto reducida su capacidad de movilización social, las segundas la han acrecentado.

La conjugación de los tres factores revisados (crisis del modelo de estado asistencial, crisis del empleo y transformación de los mecanismos de participación pública de los ciudadanos) nos permite tener una idea de cuál es el contexto a corto y medio plazo del voluntariado. El voluntariado apunta a una mayor institucionalización y a su fortalecimiento como modelo de ocupación en combinación con el trabajo asalariado.

(7) Sobre esto puede verse el primer capítulo de: Michael Randle, (1994) *Resistencia civil. La ciudadanía ante las arbitrariedades de los gobiernos*, trad. L.M. Romano, Barcelona, Paidós, 1998.

(8) Esto no sólo se sufre por la dificultad de tener un puesto de trabajo, sino en mayor medida por la precariedad de estos empleos. Cuando se les achaca a los jóvenes una preocupación por el hoy y una despreocupación por el mañana, si se quieren poner las cosas en su sitio hay que considerar en qué situación viven los jóvenes, qué tipo de empleo se les ofrece, qué salarios, qué modelos de consumo, qué viviendas, etc.

(9) En estos momentos se desarrolla una campaña que pretende conseguir el apoyo popular necesario para presentar una iniciativa legislativa en favor de la jornada laboral de 35 horas.

Democracia y voluntariado

Vamos a ser provocativos. La construcción hegemónica del voluntariado apunta hacia un modelo de colaboración que palle los defectos del sistema estatal y del sistema económico. Vaya por delante que no valoramos negativamente este hecho, ya que de esta combinación de elementos se pueden derivar efectos deseables como la diversificación de las prestaciones asistenciales, una mayor presencia de los individuos en las esferas públicas, mejor conocimiento de los entresijos de la administración e, incluso, mayor capacidad de defensa de los intereses sociales. Éstas son sendas que están por andar y, por ello, hay que ser prudentes tanto a la hora de tomarlas como al descartarlas.

Nosotros, sin embargo, pese a entender las razones que apuntan a la integración de la colaboración gratuita de los individuos en la planificación estatal, consideramos que se ha de defender otro modelo de voluntariado. El modelo que proponemos no es incompatible con el que hoy se perfila como dominante, pero es diferente. Entendemos el voluntariado como un sector de actividad pública con voluntad de mantener su capacidad crítica respecto de los poderes económicos y estatales. El voluntariado no debería ser un simple brazo ejecutor, una extensión humanizada de las administraciones, o un adecentador solidario de las empresas privadas. Tampoco ha de reducirse a la reproducción de estructuras benéficas que creíamos superadas. Las estructuras benéficas se establecen entre personas que ocupan distinta posición, normalmente económica. La beneficencia, como tal, no ha mostrado históricamente la voluntad de conseguir una sociedad más igualitaria o más justa. La beneficencia y las desigualdades materiales han sido perfectamente compatibles. Incluso, la beneficencia expresaba la existencia de estas desigualdades. A mayor desigualdad, mayor necesidad de mecanismos de apaciguamiento social. Si no se tiene esto en cuenta, pese a la grandilocuencia de los discursos y la bondad de

las palabras, podemos acabar viendo cómo la esperanza de la solidaridad queda convertida en una formulación actualizada de la beneficencia. El voluntariado, como modelo de participación pública, contiene una importante dimensión política que no ha de quedar adormecida. Esta dimensión política tiene que ver con la intervención del voluntariado en cuestiones como: el medioambiente, el militarismo y la paz, las políticas internacionales y la cooperación internacional, la situación de la mujer, del inmigrante o de las minorías étnicas, marginación, pobreza...

Esta dimensión política de la colaboración social de los individuos es fundamental para el desarrollo democrático de nuestra sociedad. Se trata de que mediante estas actividades de voluntariado los sujetos sociales creen espacios de relación humana sin necesidad de acudir para ello a las mediaciones mercantiles o jurídicas; se trata de que los ciudadanos se sientan capaces de gobernar ámbitos de su vida cotidiana; se trata de que los sujetos seamos capaces de elegir de qué forma queremos vivir; se trata de ser algo más libres y al mismo tiempo más responsables de nuestra libertad, entendiendo que la libertad se construye colectivamente. Para todo ello se requiere una dosis, mayor o menor, de inconformismo.

¿O acaso hay que estar conformes con un mundo que es palmariamente injusto? Es en este contexto, que podemos tomar en su globalidad o en cuestiones particulares (guerra, hambre, explotación infantil, esclavitud, violación de derechos humanos...), en el que la desobediencia tiene sentido. La desobediencia de la que hablamos no es una cuestión caprichosa, ni una opción por la violencia. Tampoco es la alternativa más sencilla, ni más cómoda.

La desobediencia tiene un sentido público y responde a motivaciones políticas y/o morales. Mediante la actuación desobediente se intenta participar en la formación de la opinión pública, presentando una posición ante la mayoría. La desobediencia civil participa de la filosofía de la no-violencia. Al otro se le considera como otro-yo. El desobediente, en este esquema de actuación, ha

de estar dispuesto a aceptar las consecuencias legales de su acto (10).

Decíamos al inicio de este artículo que el modelo del voluntariado convivía con el de la insumisión y el de la okupación (11). Ambos encierran elementos de desobediencia. Tal vez sea la okupación el fenómeno que sentimos más cercano, aunque sea porque la insumisión al servicio militar ha visto modificado su contexto ante la profesionalización del ejército. Téngase también en cuenta que en la ciudad de Barcelona hay hoy unas 70.000 familias insumisas fiscales a los impuestos con los que se carga el precio del agua. Esta desobediencia es una forma de protesta social que ha derivado en lo que se conoce como la "guerra del agua" (12).

El tema de las okupaciones alcanzó su punto más caliente a finales de 1996. En octubre de ese año se desalojaba con fuertes medidas policiales el cine Princesa. Durante la noche del desalojo y al día siguiente se produjeron serios enfrentamientos entre los manifestantes y los cuerpos de seguridad. La historia es bien conocida (13). De la experiencia de la okupación queremos resaltar su componente desobediente. Antes de hacer esto conviene señalar que no corresponde a una actuación desobediente tal y como nosotros la entendemos (14). Partiendo de la enorme heterogeneidad de los okupas, los violentos

(10) Sobre esta cuestión puede verse: José Antonio Estévez Araujo, *La constitución como proceso y la desobediencia civil*. Madrid, Trotta, 1994. También Peter Singer, (1973), *Democracia y desobediencia*, trad. M. I. Gustavino, Barcelona, Ariel, 1985.

(11) Las consecuencias penales de la okupación y de la insumisión al servicio militar son muy serias (a quien le interese puede consultar los artículos 245 y 604, respectivamente, del Código Penal).

(12) Vid. Enric Tello, "La 'guerra del agua' en Barcelona. Alternativas económico-ecológicas para un desafío socioambiental", en la revista *Mientras tanto*, n. 73, otoño 1998, págs. 55-71.

(13) La revista *Ajoblanco* publicó en su número 91 (1996) un artículo con el título "¿Qué pasó en el Princesa?".

(14) Durante el año 1997 dirigí un seminario de estudiantes en el que se abordó la problemática de las okupaciones. Por este seminario pasaron representantes de asociaciones de estudiantes, okupas, parlamentarios catalanes, un abogado encargado de la defensa de los okupas y un representante de una asociación gitana.

incidentes de Barcelona pusieron de relieve algo que no sólo sirve para entender por qué en ocasiones se han producido defensas violentas de las casas okupadas, sino para entender en general la violencia en nuestra sociedad. Un okupa me decía (reproduzco de memoria): si no hay violencia los medios de comunicación no hacen caso. Sin violencia no hay noticia, o la violencia es noticia. Pese al error de confundir la desobediencia con la violencia (entre otras cosas la violencia deslegítima públicamente la desobediencia), es cierto que en una inmensa mayoría de casos los medios de comunicación se han hecho eco de las protestas y solicitudes de los okupas cuando éstas han ido acompañadas de violencia.

La desobediencia del okupa no se queda en la violencia. Esta forma de actuación pone ante los ojos de la opinión pública el problema de la vivienda: la especulación inmobiliaria, los altos precios de los alquileres y viviendas en propiedad, la existencia de un número importantísimo de viviendas (privadas y también públicas) sin utilizar... (15) Y no sólo esto, sino también los reducidos espacios en los que han de vivir las personas con una renta más limitada. Junto a este problema colectivo y acuciante de la vivienda, las iniciativas de okupación proponen la creación de "centros sociales autogestionados" en los que desarrollar una cultura no oficial (16).

Sin dejar de lado la actuación contestataria de las personas que okupan (17) hemos de señalar que una parte importante de este colectivo también desarrolla actividades que son de interés social. La apertura de espacios en los que los jóvenes y no tan jóvenes pueden reunirse, el mantenimiento de

(15) Según los datos facilitados por un diputado del grupo popular en el parlamento catalán durante el transcurso del seminario sobre okupaciones antes comentado, en Barcelona hay entre un 10 y un 15% de los inmuebles sin utilizar (70.000 propiedades).

(16) Vid. Carmen Briz, "El movimiento de okupaciones", en *Página abierta*, n. 41, julio 1994, págs. 14-17. De la misma, "okupa malo, okupa bueno", en *Página abierta*, n. 71, abril 1997, págs. 12-15.

(17) Recordemos que no todas las ocupaciones han tenido y tienen una voluntad de protesta. En cualquier ciudad o pueblo podemos ver inmuebles ocupados por personas que los utilizan como vivienda, mejor dicho, como infravivienda.

propuestas culturales (la cultura no es una cuestión de mayorías), la dinamización de barrios, la organización de ciclos cinematográficos, etc. son actuaciones voluntarias que también desarrollan las personas que okupan. Sin embargo, este voluntariado no recoge las amplias simpatías con las que cuentan otros modelos de participación juvenil. ¿Acaso un modelo de actuación pública que cuestione en términos reales la especulación inmobiliaria, la resolución militar de conflictos internacionales, el reparto del gasto público o los contratos basura recibiría el beneplácito de las autoridades públicas y de los poderes económicos? Creemos que no.

En resumen, en estas páginas hemos intentado señalar las razones y los problemas de la institucionalización del voluntariado (18). Incluso entendiendo los porqués de este proceso, hemos defendido un modelo de participación pública que mantenga su capacidad crítica y su independencia ideológica. Hemos comentado la experiencia de la okupación para resaltar la pertinencia de su desobediencia y para desmarcarnos de los elementos negativos que se han empeñado en resaltar una mayoría de los poderes políticos y de los medios de comunicación.

De la misma forma que no justificaríamos la desobediencia sin haber buenas razones para ello, y sin un serio proceso de reflexión, consideramos que la institucionalización acrítica del voluntariado no ha de darse sin la garantía previa de una reflexión igualmente seria al respecto. La participación responsable del ciudadano no está

sólo en hacer, sino también en pensar, proponer, orientar y decidir. El voluntariado no es una meta en sí mismo. Es un instrumento que nos permite pensar, aunque todavía de forma muy incipiente, en la posibilidad de construir una sociedad más democrática y más justa.

(18) En un reciente documento del "Consejo nacional de la juventud de Cataluña" se expresa la reticencia de un buen número de organizaciones juveniles hacia los efectos de la institucionalización del voluntariado. "La potenciación de un voluntariado institucional, entendido como aquellos servicios que, mediante personas voluntarias, los poderes públicos ofrecen directamente a la ciudadanía en forma de propuestas concretas, sin dejar margen alguno para su deliberación, planificación o control, debilitan el tejido asociativo, en la medida en que establecen una relación jerárquica y poco democrática. Este voluntariado institucional transmite una idea preferente de ciudadano como cliente-consumidor y no como un miembro activo de la comunidad", (*Linies de política juvenil*, Barcelona, Consell Nacional de la Joventut de Catalunya, 1999, pág. 26).